



UNIVERSIDAD NACIONAL DE CUYO



X Congreso Nacional y II Congreso Internacional "REPENSAR LA NIÑEZ EN EL SIGLO XXI"
• MENDOZA - 2008 •

“LA FILOSOFÍA DE LA INFANCIA: ACERCA DE LA EXPERIENCIA, EL TIEMPO Y EL JUEGO”.

Autor: Fuentes, Sebastián Gerardo

Resumen

La multiplicidad de formaciones discursivas que giran actualmente sobre la infancia, en cuanto “construcción” dice más del mundo “adulto” que la enuncia, que de la infancia misma. La posibilidad de hablar de la infancia como una alteridad es a su vez la posibilidad de hablar de una relación (de poder, de constitución, de cierre y de apertura) donde una supuesta identidad (adulto) se dice cuando se piensa en relación a la alteridad (la infancia). Partiendo de este lugar, intentamos tematizar, siguiendo a Agamben (*Infancia e Historia*; 2006) y a la “autobiografía de la infancia” de Sartre (*Las Palabras*; 2003), el “problema” de relación que se explicita al hablar de infancia: el tiempo/la experiencia. La infancia vista solo como futuro, la necesidad de constituir al sujeto que esta sociedad necesita o proyecta, conlleva necesariamente la anulación o limitación de la experiencia, que a su vez es la posibilidad misma de la historia y aún más, del juego. En ese juego del lenguaje que supone la infancia, ubicamos la identidad narrativa de construcción de la subjetividad (Ricoeur; 1996) esperando que dicho recorrido puede darnos indicios del “lugar” que le damos a la infancia en nuestros días y las posibilidades discursivo-políticas que se nos abren.

Palabras Clave

Experiencia; Lenguaje; Infancia; Identidad narrativa; Sujetos; Alteridad.

1. Una relación de alteridad

Hablar sobre los niños, problematizar la infancia significa mucho más que sostener una mirada retrospectiva, histórico-evolutiva hacia lo que alguna vez fuimos, o hacia lo que están siendo aquellos sujetos que mañana serán adultos. Hablar sobre los otros, en este caso, los niños, la niñez, la infancia, implica ponderar una construcción. Y una construcción de unos “otros”.

Si a los otros, en términos culturales, epistemológicos y políticos, se los “emplaza” por un momento en la niñez, o mejor dicho (para salirnos de una esencialización) en los niños y las niñas, podremos poner en “cuestión” el lugar desde el cual hablamos cuando hablamos de estos otros (Skliar, 2007). En la mirada intergeneracional, en la mirada del adulto hacia aquel que “viene”, aquél que está por advenir, se cruza siempre una mirada disciplinada y disciplinaria que busca la falta, la carencia, que busca un fondo donde contrastarse o un espejo donde mirarse. Y tranquilizarse. Se ven “modelos”, o los modelos que faltan al modelo. Se ve en función de un modelo. Hablar sobre los otros, pensar sobre ellos, nos puede llevar, a dejar que el otro pregunte, hable. Pero justamente, refiriéndonos al “hablar” descubrimos que tal vez toda la historia del conocimiento y del lenguaje podría ser desarmada en función de la cuestión del otro, que a su vez es *del* otro. Porque cuando hablamos del otro, necesariamente tocamos el lenguaje y la propiedad de la cuestión del otro. Y en este caso, en función de la manera en la que el lenguaje es “transmitido”, o es “apropiado”, en función de la “herencia” y lo que con ella sucede en relación a la propia vida y a la vida de los que vienen. Puesto que aquí estamos hablando de una política y una cultura, y la posibilidad de poder hacerla, rehacerla, y la mirada siempre amenazante del adulto que se resiste a soltar su herencia, la del conocimiento, la del lenguaje. ¿No es que la



UNIVERSIDAD NACIONAL DE CUYO



X Congreso Nacional y II Congreso Internacional "REPENSAR LA NIÑEZ EN EL SIGLO XXI"
• MENDOZA - 2008 •

historia del conocimiento es una historia de la política y la cultura para nombrar al otro?. Abordar la cuestión del otro, de los otros que para nosotros son niños, es la puesta en duda del Sí Misma, en definitiva de la subjetividad, y allí de la Identidad.

La manera en la que normativamente construimos al otro habla de una relación: una identidad supuestamente monolítica que borra la diferencia de las singularidades de los demás para constituirse en la virtualidad de lo normal. No estamos hablando aquí solo de identidad personal, sino también cultural, nacional, política, etc. Este ser nosotros, nuestra cultura, nuestra lengua. Si la norma está intrínsecamente asociada al nosotros -y a la noción de "igualdad"-, ¿cómo salirnos del sí y dejar que el otro, lo otro que nos altera tenga su espacio desde sí?.

Cuando hablamos de niños y niñas, hablamos, aun a pesar de su opacidad para una primera mirada, de nuestra relación con los niños. ¿Dónde los ubicamos?, ¿próximos, como prójimos, o lejos, en la radicalidad?¹. Es que aquí se nos cruzan el plano filosófico con el político (presuponiendo que hubiera un plano filosófico sin lo político... esto es, sin disputas de poder...). Por ello, esta última derivación nos permite asumir que no hay pensamiento sin poder, que siempre se nos prefigura, performativamente, un saber/poder en el sentido foucaultiano. Solo que esta derivación nos permite asumir que estamos allí, hablando de una relación, que en definitiva también es relación de poder. Gozando de ese poder, entonces... ¿dónde ubicamos a los niños?. Puesto que aproximarlos implicaría tal vez que se modifiquen en función de su acercamiento a nuestro territorio, habrá que mantener esa ambigüedad planteada, así como la distancia cognitiva que ella emplaza si se la sostiene. Es que si hablamos de relación, ubicar al otro tiene como correlato la ubicación del sí mismo, la de la propia identidad. Y para ello empleamos el rodeo que nos brinda la filosofía.

2. Un horizonte para trazar el campo de la experiencia

Recurrir al pensamiento filosófico para pensar la niñez, puede aportar, en la generalidad que le es propia, un horizonte para volver a ubicar una cuestión que hace a la construcción de un problema filosófico: la constitución de los sujetos. Pero no sólo porque hablemos sobre los niños y tematicemos su subjetividad (algo que no solo haremos aquí desde la filosofía, sino que lo hacen en sí todas las disciplinas puestas en juego: la pedagogía, la didáctica, la teoría social y la sociología, la psicología, la antropología, etc.), sino porque hablar de "ellos", en última instancia es hablar de "nosotros", es poner en juego al sujeto que habla, al que enuncia, al que dice el problema (y no solamente lo que dice en relación a ese problema).²

¿Cuál es entonces, a partir de lo dicho, la necesidad o la posibilidad que tenemos hoy, en estos primeros años del siglo XXI, de hablar sobre la infancia?, ¿Por qué posar nuestra mirada, y nuestras preocupaciones –nuevamente- sobre los niños y las niñas?.

Si bien podríamos ensayar una cadena de argumentos para responder a esta cuestión, describiendo aquí nuestro modo de vida y la necesidad de preocuparnos por la infancia... no seríamos coherentes con nuestra perspectiva. Problematizar la infancia es, en definitiva, problematizar al sujeto adulto que proyecta sus preocupaciones en esa relación que crea con el niño, y que despliega un conjunto de saberes, métodos y dispositivos para "asegurar" la constitución de la subjetividad infantil. La propia en definitiva.

¹ Radicalidad que puede ser, nuevamente, la radicalidad de un estereotipo que nos resulta necesario para nuestra tranquilidad existencial, o la radicalidad de una alteridad que siempre va a permanecer como misterio, como inabordable, o in-totalizable

² La filosofía además también nos sirve para interrumpir, por un momento, la linealidad de un problema (necesario para entenderlo y hablar de él), para poder trazar un horizonte más amplio que nos permita entenderlo de otra manera, complejizar un poco más el espectro.



UNIVERSIDAD NACIONAL DE CUYO



X Congreso Nacional y II Congreso Internacional "REPENSAR LA NIÑEZ EN EL SIGLO XXI"
• MENDOZA - 2008 •

Por eso intentamos volver nuestra mirada sobre el sujeto. Y partimos, tal vez arbitrariamente, de una premisa que puede tener un mayor o menor acuerdo: los niños y las niñas son el sujeto futuro, son la posibilidad de la continuidad, son la proyección de una escala de valores, y de una subjetividad que quiere verse mañana, que pretendemos construir hoy en relación a un proyecto de futuro. Ya sea que esta afirmación venga de alguna disciplina científica, o venga del sentido común, o de la opinión massmediática, lo cierto es que este presupuesto está instalado. No haremos de él una crítica moral o ética. Pero sí nos interesa ver que es allí, en la infancia donde se desencadena la posibilidad de la experiencia, donde una subjetividad comienza a constituirse como tal en la interacción con el mundo, los otros, con un sí mismo... nos enfrentamos en definitiva con la posibilidad de la *experiencia*, del *sujeto* que la realiza, del *lenguaje* que la expresa y la *historia* que construye en la relación con los otros.

Y la arbitrariedad que estamos justificando tiene su correlato: todas las tecnologías y dispositivos de poder que creamos para hablar, controlar y pensar a la infancia (desde normas legales, planes de educación, proyectos de investigación, intervención social y/o clínica, etc.) se encuentran con un ser cuya experiencia, en sentido pleno y lato, está allí, como facticidad, como realidad, y como fenómeno a ser controlado, encauzado, disciplinado, moralizado. Inevitablemente encontramos en esto un eco histórico: el hombre moderno satura la experiencia, pero no porque se meta de lleno, sino porque la expulsa, la proyecta, la anula...

3. Del sujeto moderno a la identidad narrativa

El filósofo español Manuel Reyes Mate (2003), investigador del Grupo de "Filosofía después del Holocausto", nos presenta a tres pensadores y escritores que, como "anunciadores del fuego", de una manera más o menos directa trazaron la posibilidad de que algo como el régimen nazi se configurara en Europa y desembocara en la tremenda "solución final". Tanto en los análisis filosóficos de *Benjamin* y *Rosenzweig*, como en los escritos de *Kafka*, aparece la preocupación por las condiciones sociales, políticas y culturales de vida que se estaban generando en su época. La vida moderna, denunciaba Benjamin, ocupada en una racionalidad expansiva, en una planificación de la vida social y económica asfixiante, en una reproducción indefinida de lo cultural que ahogaba la originalidad, o en la devastación de la experiencia de vida que significaba el regresar de la guerra, denotaba en definitiva la muerte de la experiencia, hasta su inenarrabilidad. "El hombre moderno vuelve a la noche a su casa extenuado por un fárrago de acometimientos –divertidos o tediosos, insólitos o comunes, atroces o placenteros- sin que ninguno de ellos se haya convertido en experiencia". (Agamben; 2007:8). Las cosas suceden, hay acontecimientos pero no experiencia. No hay experiencia, y por lo tanto no hay relato de una experiencia. No hay lenguaje que a ella pueda amoldarse, o desde ella constituirse.

Pero, en definitiva, en nuestros días ¿Quién *relata* su vida?. ¿Dónde se constituyen, se ubican los sujetos que pueden vivir la experiencia sin más, y en todo caso luego contarla y en esa narración contarse a sí mismos?.

La preocupación por la narración hace a la constitución del sujeto. Para Ricoeur, la narración implica el descentramiento de un sujeto: entre sostener una identidad a lo largo del tiempo, y construir un Sí Mismo (la "ipseidad"), se abre un espacio que la narración puede conectar, puesto que es ella, es el lenguaje vivo de la acción (la *experiencia*) la que ubica al sujeto que en una historia se reconoce (ya sea en el relato que escucha, la novela que lee, o el relato que cuenta). "Esa dialéctica nos recuerda que el relato forma parte de la vida antes de exiliarse de la vida en la escritura; vuelve a la vida según los múltiples caminos de la apropiación" (Ricoeur; 1996:166). No hay relato, y por ende, no hay sujeto, sin experiencia que motive al lenguaje, y que permita al sujeto apropiarse de Sí mismo, de una



UNIVERSIDAD NACIONAL DE CUYO



X Congreso Nacional y II Congreso Internacional "REPENSAR LA NIÑEZ EN EL SIGLO XXI"
• MENDOZA - 2008 •

manera siempre original bajo un fondo u horizonte de continuidad. "La experiencia es incompatible con la certeza, y una experiencia convertida en calculable y cierta pierde inmediatamente su autoridad. No se puede formular una máxima ni contar una historia allí donde rige una ley científica" (Agamben; 2007:14-15) Es la experiencia la que posibilita al lenguaje, pero la experiencia lo altera, y le da vida.

En ese hiato entre experiencia y lenguaje, entre vida y relato, nos ubicamos en la infancia: lo que una generación le deja a otra no son sólo acontecimientos, sino también la experiencia cotidiana, los modos de vivir y experimentar, y de experimentar lo novedoso, lo todavía no experimentado, que en definitiva es la posibilidad de hacer historia. Y son relatos cargados de sentido. La herencia y la historia que una generación le deja a la otra. Agamben nos plantea que si ya nadie se anima a narrar la vida, si no hay autores que con la autoridad que les da su propia y subjetiva experiencia cuenten y dejen ese cuento, lo entreguen a la infancia, no hay sujeto que pueda recibir siquiera la posibilidad misma de la experiencia. De allí nuestro interés en asumir, en re-narrar la experiencia de la infancia de Sartre. La elección también es arbitraria, pero tiene su sentido: encontrar, desde una hermenéutica de la acción, lo que este honesto y entregado autor nos dejó como herencia acerca de su infancia. Buscamos en esa narración, un sujeto que en la ausencia de sentido, construye, relata y escribe su experiencia. Contamos para ello con su obra *Las Palabras* (2003)³. No es casual el nombre, y no es casual el uso que intentamos hacer de ella, si asumimos que experiencia e infancia son análogas y que la infancia se hace, nace y muere, en el esbozo de las palabras, en la apropiación, acceso –o como lo llamemos- al lenguaje.

4. La experiencia y el lenguaje

Sería imposible recorrer la narración sin captar el horizonte cultural de la época: una sociedad arrastrada sobre las formalidades, la abstracción desierta, una cultura cuyo acento está en la representación de algo que alguna vez fue experiencia. Por momentos pareciera que la obra de Sartre se conectara con los escritos tan descarnados y fríos de Kafka⁴. En ese proceso de herencia, en la relación entre adulto y niño, se juega la historia. "Anne Marie [la madre de Sartre], al repasar cincuenta años después las páginas de un álbum de la familia, encontró que había sido bella" (Sartre; 2003: 10). Crece entre viejos, rodeado de una cultura atestada de lugares comunes...vive en un ambiente que sofoca la experiencia. Una cultura ataviada de formas. Al evocar su casi nulo vínculo con su padre muerto en sus primeros meses, Sartre nos plantea un relato de cierre intergeneracional: "dejé detrás de mí a un muerto joven que no tuvo el tiempo de ser mi padre y que hoy podría ser mi hijo. ¿Fue un mal o un bien?. No sé; pero acepto con gusto el veredicto de un eminente psicoanalista: no tengo superyó. (13) Aun a pesar de ello, Sartre no podrá constituir su identidad más que en un juego donde la cultura anclada en la eternidad, en los valores supremos, en la moral correcta, no puede más que discurrir sobre la repetición y la continuidad impasible del tiempo.

Los actos se transforman en gestos litúrgicos, la vida cotidiana en un simple ritual. Al transmisor de la cultura de su tiempo, su abuelo, Sartre lo conmemora: "le encantaban esos momentos de eternidad en que se volvía su propia estatua" (17). ¿Qué hay allí, sino una subjetividad hecha sobre una forma, una expectativa de repetición, sobre una simple pose?.

³ Su estructura consta de tres capítulos denominados "Leer" y "Escribir", los dos primeros, mientras el tercero comienza simplemente con una cita de Chateaubriand "Sé muy bien que no soy más que una máquina de hacer libros" (113). Es el relato de la creación de la infancia, de la crianza, de una época y una cultura.

⁴ En realidad, habría que tener un panorama más amplio abordando a Nietzsche (2005) y Freud (1992), sobre todo en relación al aburguesamiento cultural, a la anulación de la creatividad, a la ponderación de la individualidad y lo establecido.



UNIVERSIDAD NACIONAL DE CUYO



X Congreso Nacional y II Congreso Internacional "REPENSAR LA NIÑEZ EN EL SIGLO XXI"
• MENDOZA - 2008 •

Lo que hablaba por mi boca no era la Verdad sino *su* muerte [la de su abuelo]. No es de extrañar que la insulsa felicidad de mis primeros años haya tenido a veces un gusto fúnebre: debía mi libertad a una muerte oportuna, mi importancia a una // muerte muy esperada. Pues claro, es cosa sabida que todas las pitias son una muertas; todos los niños son espejos de muerte. (20-21)

Estamos en presencia de la construcción del niño como un otro. La claridad de este niño (no es solo la claridad del adulto que mira su infancia retrospectivamente) se le torna lapidaria: - en un principio, en sus primeros años- no puede sentirse mas que un simulacro, sólo una nada frente a una cultura que lo deja, que lo considera una cosa. Su lugar como niño está en la ficción, es una representación para los otros. Y en ello constituye su subjetividad. La única subjetividad posible es la de gustar a otros, la de ser un objeto de la cultura. "en el fondo soy un bien cultural. La cultura me impregna, y yo la devuelvo a la familia por radiación, como los estanques, por la noche, devuelven el calor del día" (28) Hay una clara patencia en la infancia de lo que la cultura esta haciendo con ella. "Yo era un niño, ese monstruo que ellos fabrican con sus pesares" (58).

Aún en medio de esa cosificación cultural, hay una subjetividad que puede construirse y hacer su experiencia, sobre todo, desde la experiencia de la lectura y el juego, ambas a la vez. Sartre hace experiencia, en su temprana infancia, de la literatura que le habla, o más cercanamente, del libro que le cuenta una historia: "las palabras se desteñían sobre las cosas, transformando las acciones en ritos y los acontecimientos en ceremonias" (32). En ese juego de palabras, va haciendo experiencia de un universo que se le abre, y de una subjetividad que va tomando contacto consigo mismo, aunque no sea él mismo. Hay en esa literatura una experiencia de extrañamiento que Sartre narra claramente. [En relación a una historia de hadas recién leída por su madre] "Pero ese niño no era yo del todo y me daba miedo contestar. Sin embargo contesté, mi débil voz se perdió y sentí que me convertía en // otro (...). A la larga acabó por gustarme ese momento que me arrancaba de mí mismo" (32-33). Hay allí una construcción afectiva de lo ya conocido, de los relatos ya narrados, pero todavía no completamente narrados, "todavía no" cerrados. En ese juego Sartre siente que vive entre "nombres" y "acontecimientos" que van y vienen. Primero experimenta, vive lo que le sucede en el juego de la literatura. Luego va viviendo y nombrando los acontecimientos.

En esa experiencia aprende a leer, aunque no entienda exactamente lo que lee. Sabe que se lanza a una aventura y la toma y juega con ella. Allí descubre indígenas, viaja a tierras inhóspitas y pronuncia palabras cuyo significado desconoce: "el sentido de esas palabras solo lo conocí diez o quince años después y aún hoy guardan su opacidad: es el humus de memoria" (34-35). Es este trasfondo del sujeto donde se puede ver cómo más allá de los modos en que se realice la experiencia de la infancia, la infancia es una experiencia, es la experiencia:

Una teoría de la experiencia que verdaderamente pretendiera plantear de manera radical el problema de su dato originario debería por lo tanto recoger los movimientos, anteriores a esa "expresión primera", de la experiencia" así decir todavía muda", o sea que necesariamente debería preguntarse: ¿existe una experiencia muda, existe una *infancia* de la experiencia? Y si existe, ¿cuál es su relación con el lenguaje? (Agamben; 2007:48)

Estamos hablando entonces de la experiencia en cuanto primer trasfondo desde el cual el lenguaje se esboza. Hablar de infancia es hablar del que todavía, aún, no habla. Y en cada uno, en cada sujeto, de lo que todavía no habla en él pero se realiza y se despliega. Es llamativo cómo en la etimología de la palabra "infancia" se resalta la incapacidad transitoria.



UNIVERSIDAD NACIONAL DE CUYO



X Congreso Nacional y II Congreso Internacional "REPENSAR LA NIÑEZ EN EL SIGLO XXI"
• MENDOZA - 2008 •

Dicha significación nos da qué pensar: no sólo por los usos o consecuencias políticas que se derivarían, sino más bien porque no estamos hablando aquí solo de un período evolutivo del hombre. Estamos problematizando la posibilidad de hacernos con el lenguaje, de crear historia y hacer cultura, desde la experiencia auténtica. Y magníficamente, Sartre nos acerca una caracterización de la infancia como símbolo: "Al absorber el Verbo, absorbido por la imagen, yo, en definitiva, sólo me salvaba por la incompatibilidad de esos dos peligros simultáneos [o morir como los personajes, o quedar atrapado en esas imágenes que no entendía]. Al caer el día, perdido en una jungla de palabras, estremeciéndome al menor ruido (...) creía descubrir el // lenguaje en estado natural sin los hombres." (Sartre; 2003:39-40) Hay aquí una experiencia que se va haciendo palabra, pero que se nombra y se descubre experiencia sin más. Y esto nos dice algo: aún en el contexto cultural más asfixiante, la infancia hace experiencia. La experiencia es posible.

El conflicto en el que nos sitúa Sartre nuevamente es que ese "silencio" de la experiencia, esa infancia que toda experiencia en cuanto tal tiene, nos acerca al silencio de la muerte:

Me bastaba con abrir uno para descubrir en él ese pensamiento inhumano, inquieto, cuyas pompas y tinieblas superaban a mi entendimiento, que saltaba de una a otra idea, tan rápidamente que se me escapaba cien veces por página, y aturdido, perdido, dejaba que se fuera. Asistía a unos acontecimientos que mi abuelo seguramente habría juzgado inverosímiles y que, sin embargo, tenían la deslumbrante verdad de las cosas escritas. Los personajes surgían sin avisar, se amaban, se peleaban entre sí, se degollaban mutuamente; el sobreviviente se consumía de pena, se unían en la tumba con el amigo, con la tierna amante que acababa de asesinar (36)

En esos personajes infranqueables Sartre encuentra el "espesor del mundo". Aún en una cultura tan formalizada, tan "muerta" -en el sentido nietzscheano-, en esa misma formalización, Sartre metaboliza, se apropia de los sentidos ocultos (los libros de la biblioteca que nadie lee) y allí se construye como autor, como escritor, como pensador, como actor, como sujeto.

Todo hombre tiene su lugar natural; no fijan su actitud ni el orgullo ni el valor: decide la infancia (...) el Universo se escalonaba a mis pies y todo, humildemente, solicitaba un nombre; dárselo era a la vez crearlo y tomarlo. Sin esta ilusión capital no habría escrito nunca. (42)

Es un niño que quiere jugar a la cultura, que quiere jugar con ella: "de cualquier manera, mi mirada trabajaba con las palabras; había que ensayarlas, decidir su sentido; a la larga, la comedia de la Cultura me cultivaba" (50).

Uno de los que luego fue compañero y amigo (durante un tiempo al menos) de Sartre, el filósofo francés Merleau-Ponty, en una serie de conferencias dadas en el College de France en 1952-1953 resumidas en *Filosofía y Lenguaje* (1969) nos ayuda a comprender la relación entre experiencia, lenguaje, y "autoría".

Esta nueva habla se forma en el escritor sin que él lo sepa, durante años de vida aparentemente ociosa -en los que lo embarga la desolación de carecer de ideas y "temas" literarios-, hasta el día en que, cediendo al peso de esa manera de hablar que poco a poco ha ido estableciéndose en él, procure decir de qué modo se ha convertido en escritor y construya una obra con la narración del nacimiento de ésta. (34)



UNIVERSIDAD NACIONAL DE CUYO



X Congreso Nacional y II Congreso Internacional "REPENSAR LA NIÑEZ EN EL SIGLO XXI"
• MENDOZA - 2008 •

Estamos frente a la posibilidad de que un sujeto se constituya y se narre desde la experiencia muda. Un escritor puede trazar un paisaje de experiencia en virtud de un paisaje que se reordena en las palabras y que le permiten decirse. Un autor, un actor, un hablante, se constituye en ese rearmado, que es la construcción de un mundo.

Así como un escritor, un autor reconstruye mundo desde la experiencia –sea esta de desolación o no-, un sujeto, en su generalidad, reconstruye su identidad, se re-descubre en la narración que hace sobre sí y sobre los otros (puesto que van juntos), contándose a sí y a los otros.

5.1. La experiencia y el lenguaje para hablar de los otros

Los otros se nos aparecen, los niños y niñas nos sorprenden, nuestra experiencia nos desubica o nos muestra algo nuevo.

Y el lenguaje, como posibilidad se nos abre no sólo en virtud de la construcción de un relato, sino también, y éste es el problema, que construye las herramientas para distanciarse de la afectación, de ese padecer al otro.⁵ Volvamos la mirada sobre Sartre, y encontramos allí la construcción de una infancia destinada a ser un mero destino. Miremos hoy nuestros saberes sobre la infancia, tanto los descriptivos, como los políticos, éticos, propositivos y normalizadores. Decir que los niños y niñas deban transitar los espacios y los tiempos de determinada manera –descontando las buenas intenciones que tengamos- supone necesariamente asumir que se intenta armar una herencia controlando la experiencia hoy de los sujetos a futuro. Pero esto supone una escapatoria de la ambigüedad, de la incertidumbre, del no-saber, de la inseguridad. De no saber qué tiene ellos para experimentar, y luego para narrarse. Y como un ciclo, lo que produce esta inseguridad es un riesgo “simbolizado”/estereotipado en algunos otros, en los niños y jóvenes. Es que para salirse de la ambigüedad y la vergüenza se produce una operación que podríamos denominar la “ontologización del riesgo”. Esto es crear un supuesto nosotros “seguro” sobre la construcción de unos *otros* en peligro o peligrosos, que eclipsan en ellos mismos ese riesgo. Ante el peligro de “padecer” algo, la ontologización de la alteridad. Ante la inseguridad de experiencias, o la experiencia de inseguridad, que también es la del juego, el riesgo en la alteridad. Y allí la pobreza de la experiencia personal que tanto preocupaba a Benjamin, a Rozenweig, a Sartre, a Agamben, e incluso a Kafka.

En su *Carta al Padre* (Kafka; 1999) se torna evidente que no hay nada que el Kafka real pueda hacer para salir del sentimiento de inferioridad que su padre le inculca. Todas las palabras del padre no son más que argumentaciones que claman por una inocencia que es una ficción. Se instala una culpabilidad cultural: es el intento del padre por ser alguien (a costa de lo que sea), parecer alguien e imponerse al mundo. Y ésta es la figura, ya en ocaso, del hombre de la modernidad. Frente a ello solo la escritura de Kafka puede enfrentársele, al menos desde la constatación de su sentimiento.

Si al menos uno de tus hijos te hubiera dado una alegría tú mismo habrías sido distinto conmigo. Pero hoy todo esto no es más que un sueño. Ottilia rompió todo vínculo con su padre, debe abrirse camino sola como yo; y porque tiene más seguridad y confianza en sí misma, más salud y menos reparos que yo, te parece mucho más traicionera y más malvada. Entiendo, según tu criterio esto no puede ser de otra manera. Ella misma es capaz de mirarse a través de tus ojos, de sentir dolor sin desesperarse –la desesperación es cosa mía- pero se apena. En aparente contradicción a todo esto, tú

⁵ Dicho proceso se torna claro si entramos en el campo de las identidades culturales y las luchas por el reconocimiento político. Lo que éstas denuncian es la construcción de identidades nacionales que dejan de lado las luchas silenciadas, los exterminios, los borramientos culturales, las confinaciones políticas.



UNIVERSIDAD NACIONAL DE CUYO



X Congreso Nacional y II Congreso Internacional "REPENSAR LA NIÑEZ EN EL SIGLO XXI"
• MENDOZA - 2008 •

sueles contemplarnos juntos a menudo: reímos, hablamos en secreto, de vez en cuando ves que te mencionamos.(Kafka, 1999:99)

Es tan imponente y pesada la carga de muerte de la experiencia, que los hijos de esta cultura sienten que hay sobre ellos un "proceso" que pende y que se les viene encima. El proceso de juez, de la autoridad paterna que no hace justicia sino que se justifica a sí mismo en una cultura sin sentido, espera un supuesto progreso del hombre a costa de hacer sentir a sus hijos culpables, inseguros y poco confiados en sus capacidades.

Para ti eran pequeños recuerdos de épocas pasadas, por eso querías transmitírmelos; pero como ya no tenían sentido en sí mismo, sólo quedaba el camino de la persuasión o la amenaza. Como esto nunca podía tener éxito y no querías reconocer tu postura débil, te enojabas conmigo, te molestaba mi aparente tozudez (104)

En definitiva, lo que la experiencia de estos niños, transmitidas en estas narraciones nos están mostrando es cómo una cultura quiere ingeniárselas para consolidar un nosotros, una comunidad, una cultura a costa *de los otros*. La consistencia interna de una cultura es un mito (Skliar y Duschatzky, 108). No hay cultura sin ese doble juego de fidelidad e infidelidad, así como no hay sujeto sin la experiencia de mismidad y alteridad, en definitiva, sin experiencia. Una narrativa de la alteridad apuntaría no a crear un nuevo mito. Sino a dejarse leer tensa y ambiguamente por los otros, en los otros. ¿Cuáles son los mitos que construimos sobre la infancia, sobre la experiencia, sobre la cultura?

El síntoma es entonces la negación de la debilidad, que es la negación del vacío, o mejor dicho, del abismo. Pretender que un sistema funcione cuando está muerto es intentar revivir un muerto. Y esto no sucede sin cambio, sin metamorfosis. El problema es que la transformación que deviene no es liberadora, sino monstruosa. Es ver en el bicho, en los "sabandijas"⁶ la diferenciación, la constitución e identificación de un enemigo que viene a amenazar esta falta de sentido, esta burocracia, este sistema. Es la constitución hasta del lenguaje distinto, monstruoso que crea la bestia, el bicho, que habla otro idioma, y nadie lo entiende. De allí la metamorfosis, como única experiencia indecible de la época. "Un niño, solo y sin porvenir en un minuto corrompido, pide sensaciones fuertes al asesinato: ya que me niegan un destino de hombre, seré el destino de una mosca" (Sartre; 2003:169)

5.2 La normalización de los otros frente a las narrativas

La norma, lo normal surge de la necesidad de asegurar estándares, estilos, o hasta muy honestamente condiciones de igualdad y justicia. Los niños han sido el lugar a normalizar, la producción misma de la norma, es decir, de un lenguaje normal⁷. Solo que esto opaca la posibilidad de dejar que la infancia haga su experiencia. Porque experiencia es otro plano inabordable desde la norma. Los niños hacen experiencia de sí, de los otros, y son espacio de experiencia por excelencia: hacen o pueden hacer "norma" de la infidelidad a la herencia recibida. Experiencia en diálogo, en la afirmación de la vida, en hacer experiencia de la alteridad, de encuentro y sostenimiento "tenso" con las singularidades.

Pensar desde la operación política de reconocimiento de las alteridades, en este caso, de la situación y realidades particulares de los niños, de sus derechos, en alguna medida implica solidificar la ambigüedad. Es quedarse en una superficie sin poder escuchar el motivo del reconocimiento. Esto es: la voz de los otros, o mejor dicho, la relación en la que dialogamos

⁶ Tal la expresión del padre de Kafka, judío, para referirse a un amigo actor de Franz que también pertenecía a la comunidad

⁷ Lo cual no quiere decir, según lo aclarado anteriormente, que los jóvenes deban ser puestos en el lugar de la rebeldía o la resistencia a la norma necesariamente. La problematización de esta relación, como se ha dicho conlleva a una resistencia, en todo caso, a lo binario de la "tematización".



UNIVERSIDAD NACIONAL DE CUYO



X Congreso Nacional y II Congreso Internacional "REPENSAR LA NIÑEZ EN EL SIGLO XXI"
• MENDOZA - 2008 •

con los otros y lo que los rótulos de esa relación dicen sobre los otros (y sobre "nosotros"). Hablar de infancia en situación de vulnerabilidad, por ejemplo, implica ya una manera de asignarles políticas sociales, a la que vez que solidificarlos en un estatuto. Esta manera de cosificar, objetivar un objeto librando a este sujeto que construye ese objeto puede ser puesto en cuestión si se deja que las narrativas de los niños aparezcan también en la relación. Narrativas en el sentido de una no-definición, un no-saber cómo terminará la historia, un sostener la tensión de la lectura, una resistencia a un diccionario, una identidad que se construye pero no se define, en la peripecia, en los rodeos, en el relato de un sí puesto en juego con lo otro. De alguna manera, metodológicamente, esto nos puede llevar a la posibilidad de la narratividad. Esto es, a la ambigüedad que el relato literario, artístico abre, en el sentido de que nos salva de la definición del otro (y de la definición siempre buscada de sí, de la propia identidad del nosotros). Esto es captar no solo esa linealidad del relato, sino sus interrupciones. Justamente, irnos al gran relato moral o jurídico es irnos al terreno de la norma, que normaliza un nosotros y tranquiliza las irrupciones efectivas y posibles del otro. La tensión que se produce en el relato de una novela... la tensión que produce el otro. Leer la propia tensión que suspende la aseveración, la explicación completa, la incompletud propia y ajena, hospedar aunque sea un pequeño relato del niño, sabiendo que lo leeremos tensamente. Y hospedar la experiencia propia. La posibilidad es la de una narratividad que no sea la puesta en escena de un "diversidad" que crea un supuesto "nosotros" que repiensa en un nuevo lenguaje políticamente correcto una alteridad alterada por el sí, por la supuesta monolítica identidad. "La alteridad, para poder formar parte de la diversidad cultural "bien entendida" y "aceptable", debe desvestirse, des-racializarse, des-sexualizarse, despedirse de sus marcas identitarias, debe, en otras palabras, ser como los demás" (Skliar y Duschatzky; 2001:192)

A modo de conclusión

No hay discurso, hemos dicho, que pueda prescindir de los otros. Y no hay narración donde no esté presente la alteridad, así sea la alteridad que significa la experiencia misma (puesto que ésta es *otra* que el lenguaje). Hay algo desconocido para un Sí mismo que aparece cuando se relata. Las obras autobiográficas son un ejemplo claro. La experiencia que posibilita la narración también es alteridad.

En la relación entre generaciones, entre los niños y jóvenes, por un lado, y adultos por el otro se produce este encuentro, y no sólo por una cuestión jurídica, política, psicológica, educativa. Sino porque ese encuentro o choque nos vuelve a dejar a las puertas de la experiencia, de algo que no es certeza ni control. No solo porque la infancia en cuanto a edad evolutiva simbolice y/o sea efectivamente la experiencia en cuanto tal, sino porque, como hemos dicho, la relación entre generaciones vuelve a situarnos en las puertas de la experiencia y los relatos que se pueden construir como herencia, como legado.

"Los fuertes en traducción no existen. Se debe a la naturaleza del Verbo: se habla en la propia lengua y se escribe en lengua extranjera" (112).

Lo paradójico es que Sartre termine planteando un odio a su infancia y todo lo que viene con ella... aunque sea esa experiencia que se transformó en mandato de escribir. Y no le quede otra que escribir y renarrarse. Y dejar una herencia, siendo fiel e infiel a la herencia que recibió.

Hay un claro intento del pensamiento de refundarse en la experiencia, y creemos que este intento es sintomático de esta época. Si hace tanto años un Heidegger marcaba un quiebre con ser-ahí, hoy redescubrimos al sujeto en el ahí de la experiencia. La infancia ahí es realidad y símbolo a la vez.



UNIVERSIDAD NACIONAL DE CUYO



X Congreso Nacional y II Congreso Internacional "REPENSAR LA NIÑEZ EN EL SIGLO XXI"
• MENDOZA - 2008 •

Si durante el siglo XX vivimos la caída de esa asociación entre experiencia y conocimiento, donde la experiencia quedaba con un estatuto inferior⁸, hoy nos preguntamos, ya que estamos haciendo filosofía: ¿qué experiencia estamos dejando que la infancia realice?, ¿qué relatos de experiencia les estamos dejando que no sean subsumidos bajo alguno de nuestros tantos dispositivos de saber-poder?, y sobre todo, porque esta pregunta nos concierne a nosotros, ¿qué experiencia estamos dejando que ocurra en nuestras subjetividades?.

Lo que estamos planteando es un acercamiento a la experiencia desde la infancia y a la infancia desde la experiencia. Si hemos puesto el silencio (la experiencia muda) en la muerte o en el cielo (o en la experiencia mística, que se halla en el límite de estas dos), la invitación es descubrir el silencio de la experiencia. "Como infancia del hombre, la experiencia es la mera diferencia entre lo humano y lo lingüístico. Que el hombre no sea desde siempre hablante, que haya sido sea todavía in-fante, eso es la experiencia" (Agamben; 2007:70) Todos tenemos un niño dentro debería ser esto...porque hay un modo de vivir que es atravesar ese silencio que nos permite hablarnos y relatarnos. Asumir la infancia implica salirnos del mundo del lenguaje y de las ciencias incluso, y abordar algo que la excede. El hombre hace lenguaje y lo transforma cuando accede a él, lo hace discurso, y para constituirse sujeto lo hace relato, porque es más que el lenguaje, es más que lo que el lenguaje dice de él.

Si la pobreza de la experiencia llevaba a un ahogo de la experiencia (aunque no a una muerte definitiva, puesto que nuestros escritores pudieron vivirla y contarla), y a un agotamiento de la imaginación, queremos suponer que las imágenes que nos da la experiencia es la de una infancia como espacio de experiencia.

Antes, mis días se parecían tanto que a veces me preguntaba si no estaba condenado a padecer la eterna vuelta del mismo. No había cambiado mucho, seguían teniendo la mala costumbre de caer temblequeando; pero yo había cambiado en ellos; ya no era el tiempo que volvía a fluir sobre mi infancia inmóvil sino que era yo, flecha disparada por orden, quien agujereaba el tiempo y corría derecho hacia el blanco. (Sartre, 2003: 158)

Infancia, experiencia, relato y sujetos se construyen es esta breve reseña de la alteridad. En el juego, en sentido literal, de estas categorías se juega la infancia.

Bibliografía

- AGAMBEN, G. (2007). *Infancia e Historia. Destrucción de la experiencia y origen de la historia*. Bs. As. Adriana Hidalgo.
- FREUD, S. (1992) *El malestar en la Cultura*. Alianza, Bs. As.
- KAFKA, F. (1999) *Carta al padre*. Bs. As. Cántaro.
- MERLEU-PONTY (1969). *Filosofía y Lenguaje*. Bs. As Proteo..
- NIETZSCHE. F. (2003) *La genealogía de la moral*. Madrid. Tecnos.
- REYES MATE, M. (2003) "Auschwitz, acontecimiento fundante del pensar en Europa (o ¿puede Europa pensar de espaldas a Auschwitz?)". 1ª Conferencia del III Seminario de Filosofía de la Fundación Juan March.
- RICOEUR, P. (1996) *Sí mismo como otro*. Mexico. Siglo XXI.
- SARTRE, J. P. (2003). *Las Palabras*. Bs. As. Losada/La Página
- SKLIAR, C. (2008) "Sobre el agotamiento de los discursos de la crisis, la ausencia de conversación, la rajadura de la herencia y el padecimiento del heredero. Notas para pensar la convivencia, la hospitalidad y la educación". FLACSO-CONICET.
- SKLIAR, C. y DUSCHATSKY, S. (2001) "Los nombres de los otros. Narrando a los otros en la cultura y en la educación" en J. LARROSA y C. SKLIAR: *Habitantes de Babel. Políticas y poéticas de la diferencia*. Barcelona. Laertes.

⁸ En la historia de la filosofía de alguna manera, desde Platón y sobre todo Aristóteles, se evidencia una dependencia de la experiencia en relación a lo permanente; de hecho la astrología aristotélica es el antecedente de la conexión que la ciencia moderna hizo del mundo de las esferas celestes (eterno y perfecto) con este mundo cuya experiencia es siempre única. De ahí luego el sujeto cartesiano que anuda en el conocimiento y lleva a la conciencia la experiencia como experiencia del pensamiento. Hegel, al hacer del desarrollo de la conciencia, experiencia de la conciencia simboliza el punto cúlmine de esta cultura que a Nietzsche hace reír, enloquecer, y experimentar lo nuevo.